

Y entre el llanto y sollozos y alaridos
 Se escucha retronar la patria viva.
 Grita el clarín: el enemigo al frente,
 El yankee está burlando nuestras iras.
 Y suelta al viento la sangrienta cauda
 Arrogante la guerra maldecida!

Mas el yankee á su curso tuerce el giro,
 La fortaleza del Peñón evita,
 Y á Tlálpam se dirige, do sus planes
 Con calculada maña modifica.

Tornan á la ciudad los nacionales
 En lúgubre convoy, mustios y tristes;
 Y siniestros rumores en los vientos
 Vuelan dispersos y dolientes gimen!

TRISTE ROMANCE

QUE CORRE HIRIENDO CON FURIA EL ALMA
 O SEA REMINISCENCIAS DE PADICERA.

Cerro de Zacatepec,
 Altura de la Campana,
 Loma de Pelón Cuautitla
 Por hondas simas cercada,
 En que en tumulto rebozan
 Los espinos y las zarzas,
 Yo os miro como se mira
 En la ruina abandonada
 Columnas sin chapiteles,
 Pedestales sin estátuas,
 Y sin lápidas sepulcros
 Que con yerba en sus entrañas
 Les robó implacable el tiempo
 Hasta el polvo de la nada.
 Mas el corazón patriota
 Fiel á mi memoria estalla
 Y revive en estos sitios
 El horror de la campaña,
 Que dejó escrita con sangre
 En la historia de la patria
 De las villanas pasiones
 Las más dolorosas páginas.
 Heroica legión del Norte,
 La de inmortales hazañas,
 La palmera del desierto,
 La fuente de limpias aguas,
 La que el hambre, la intemperie
 Y á la injusticia burlaba,

Cuidando los santos fueros
 De México con constancia;
 La que desde los confines
 De la frontera lejana
 Trazaba su derrotero
 Con la sangre que regaba,
 ¿Dónde estáis? Do las banderas
 Que soberbios tremolaban
 En alto y hechas girones
 Por las enemigas balas?
 ¿Por qué no oigo los clarines
 Del batallón de Celaya?
 Ni el escuadrón de Frontera,
 Ni á Valencia, Blanco y Salas
 Frente á frente de la muerte
 Con sus brillantes espadas?
 El yankee astuto en torrente
 Por el pedregal se lanza
 Y cundiendo entre sus quiebras
 Como asoladora llama,
 En nuestro campo tocando
 Su ardiente furor desata.
 Retumba el cañón potente,
 Los gritos de guerra se alzan,
 Y humo negro el campo envuelve
 Surcado por fajas cárdenas
 Del fragor de nuestras filas
 Que avanzaban denodadas.
 Todo ví, como en un sueño
 Recuerda confusa mi alma
 El correr de los caballos,
 Los yankees entre las ramas,
 Y sus cachuchas azules
 Perdiéndose en las entrañas
 Del Mal País que la loma
 Como una argolla cercaba.
 Ya oigo el clamor de la fuerza
 Que Mendoza brioso manda
 Y entona marciales cantos
 Cuando se empeña su carga.
 Y era un mar el humo espeso
 En que aparecen borradas
 Y al flotar ó al sumergirse
 Banderas, bridones, armas
 Y corceles sin jinete

En asorada vagancia
 Sobre los soldados muertos
 Y los que heridos se arrastran.
 En lo más enfurecido
 De la lucha encarnizada,
 Rumbo de la *Peña Pobre*
 El enemigo se avanza,
 Aniquila cuanto encuentra,
 Cuanto encuentra desbarata,
 Y del sendero la piedra
 La abrupta cerca rebalsa,
 Y al volcán que se le opone
 De hierro, de plomo y llamas
 Con ímpetu prodigiosa
 Domina, abate y espanta.
 Entonces, en medio al humo,
 De un conjunto se destaca
 Sobre el Rancho de Padierna,
 De adobe y de viejas tablas,
 Un hombre ó fantasma ó mónstruo
 Que de la bandera al asta
 Se ase, se estrecha, se trepa,
 Furibundo se encarama
 Y nuestra enseña divina,
 Nuestra bandera adorada,
 El alma de nuestras creencias
 En el honor y en la patria,
 Abate con furia loca,
 Muerde, derriba, desgarrar
 En medio del regocijo
 Que en hurras, vibrando estallan,
 Cuando el pabellón de estrellas
 Con provocativa gala
 Se enarboló victorioso
 Alegre tendiendo el ala.
 ¡Oh dolor! ¡oh instante horrible!
 Que eran de sangre mis lágrimas
 Y que sólo del recuerdo
 Lloro destrozada mi alma!
 Fué del dolor el abismo,
 Fué esa pena que anonada,
 Que agobiando nuestra mente,
 Con acerba hiel la embriaga:
 Así cruzó nuestro campo
 Gemebunda la desgracia,

Encendiendo en nuestros pechos
 Sed de sangre y de venganza.
 Valencia airado, sublime,
 Con su cólera que abrasa
 Va á dirigirse á Padierna,
 Cuando sus pasos ataja
 Un joven que le sorprende
 Por su apostura y su audacia.
 Es pequeña su estatura,
 En alto lleva la espada,
 De subalterno el aspecto
 Como el trueno su palabra:
 —Señor, le dijo atrevido,
 Yo quiero ir á la vanguardia—
 Y sin esperar respuesta
 La loma rápido baja;
 A sus soldados anima,
 Sobre de las peñas salta,
 Y destrozando enemigos
 Y entre torrentes de balas
 Impávido hasta Padierna
 Invencible se adelanta,
 Dejando filas de heridos
 Y de muertos á su espalda.

II.

SONRÍE LA GLORIA.

A ejemplo de tanto arrojo,
 El entusiasmo es delirio
 El humo la luz opaca
 Y corren de sangre ríos;
 Por doquiera los aceros
 Brillan de jefes invictos;
 Ya de Agustín Iturbide
 Se oyen los marciales gritos,
 Recordando de su padre
 Los incontenibles ímpetus;
 Ya Feliciano Rodríguez
 Aterrando al enemigo,
 Le envuelve con sus dragones,
 De la honra y del triunfo digno;
 Cuando de repente se oye
 Un furibundo estallido,

Que deja como en suspenso
 Aquel combate bravío
 En medio del humo denso
 Como en alto suspendido,
 Se ven pasar los soldados
 A Padierna en raudó giro,
 Y de pronto el subalterno
 Impávido que hemos visto
 Solicitar de Valencia
 La vanguardia decidido,
 Corre á la bandera; trepa
 Y á ella vigoroso unido
 El pendón de las estrellas
 A nuestro honor desaffo,
 Derriba, rasga, y arroja
 Con entusiasmo divino.
 Después el pendón de Iguala
 Desplega en el éter limpio
 Y las músicas marciales
 Entre vivas á la Patria
 Y entre victoriosos gritos
 Resuenan con regocijo.
 ¿Quién es el héroe? preguntan
 Reverentes los caudillos.
 Es el bravo Simavilla,
 Casi un recluta sin títulos,
 A quien inscribe la gloria
 Entre los héroes mas ínclitos.
 Y el impávido soldado,
 Y el joven esclarecido,
 El autor de tanta hazaña
 Está mortalmente herido;
 Y de su pecho la sangre
 Brotaba en hirvientes hilos;
 Pero su frente irradiaba
 De la gloria con el brillo,
 Asombrando á los extraños
 Y sonriendo á sus amigos.

Pasaron años tras años,
 Cayeron sombras de olvido,
 Y yo miré á Simavilla
 Cruzando como mendigo
 De la Capital las calles
 Oscuro y desconocido!